
Freud y la censura a dos voces

Isabel Vericat

I

Freud publica *La interpretación de los sueños* en 1900, al inicio del siglo, después de esperar, “si no los nueve años que recomienda Horacio, entre cuatro y cinco años”.*

“Creo”, escribió el 21 de septiembre de 1899, “que mi autocrítica no era del todo injustificada. En algún lugar de mi ser se escondía una sensibilidad hacia la forma, una valoración de la belleza como una suerte de perfección, y las frases de mi libro sobre los sueños, retorcidas, ufanas de sus giros indirectos y que miran de soslayo a los pensamientos, han inferido grave afrenta a un ideal dentro de mí. Difícilmente me equivoque, entonces, si concibo esa falla formal como un signo de un deficiente dominio del material.”

A pesar de esas autocríticas y de la depresión que siguió a la casi total indiferencia con que fue recibido el libro, Freud siempre consideró *La interpretación de los sueños* su obra más importante: “Un *insight* como éste no nos cabe en suerte sino una sola vez en la vida.”

La interpretación de los sueños es de difícil lectura y fue condenada al silencio por la comunidad científica. En 1901, Freud publica una versión resumida, *Sobre el sueño*, y en 1908, casi nueve años después de la primera edición, Freud expresa su “reconocimiento a esos vastos círculos de personas cultas y ávidas de saber que me han acompañado, incitándome a retomar, después de nueve años, un trabajo difícil y por muchas razones fundamental”.

* Todos los entrecomillados son citas de Freud. Sigmund Freud, *Obras completas*, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1976.

Viena 1915. La Gran Guerra de 1914-1918. Sarajevo, Belgrado, las mismas ciudades que hoy vuelven a ser presa de la muerte y la intolerancia.

Viena, católica y clerical. "El psicoanálisis aporta tantas cosas nuevas, y entre ellas tantas que contradicen opiniones consabidas y sentimientos hondamente arraigados, que no puede menos que provocar oposición al comienzo."

Viena, centro del arte y la cultura: T. Mann, Wittgenstein, Schnitzler, K. Kraus, H. Broch, R. Musil y otros. Kraus escribe: "El psicoanálisis es la enfermedad de lo que pretende ser la cura." La resistencia al psicoanálisis se convierte en un problema interno austríaco. Abundan las provocaciones y las pugnas. Es ya reconocido en otras partes, pero no en Austria.

Cuando estalla la guerra con "el increíble asesinato de Sarajevo, cuyas consecuencias son imprevisibles", Freud escribe a un colega amigo: "Mi vida es una pequeña isla de dolor nadando en un océano de indiferencia." Dos hijos suyos, el mayor y el menor, están en el frente. Freud tenía 60 años y había vivido la mitad de su vida en Viena.

"La capacidad de resistir se convierte ahora en la suprema virtud." Tiene poco trabajo en el consultorio; la ciudad sufre escasez hasta de víveres; Freud hace un alto en el camino. Reflexiona y escribe. Se comunica con sus colegas amigos y avanza en la teoría sin dejar de vivir en carne propia los tristes acontecimientos.

En el período de invierno de 1915-1916 y de 1916-1917, imparte una serie de conferencias en la Universidad. Estas *Nuevas conferencias*, improvisadas, fueron volcadas al papel inmediatamente después. Se impartieron los sábados y su duración era de aproximadamente dos horas. Constituyen un inventario de los puntos de vista de Freud y de la posición del psicoanálisis en aquella época.

En 1917 se publicaron en forma de libro: "Es la reproducción fiel de las conferencias que di en la Universidad en los dos cursos... *ante un auditorio mixto de médicos y legos de ambos sexos.*" Freud habla en el tono de una conversación tranquila, elude la fría exposición de un tratado científico, entabla discusiones imaginarias con sus oyentes y se propone mantener viva la atención. En el fondo, su estilo como conferenciante, ajeno al tono dogmático y autoritario, no es más que una extensión de algo esencial en la técnica del psicoanálisis: "Yo no se los quiero comunicar; prefiero que lo colijan ustedes mismos."

El libro de las *Nuevas conferencias* —había impartido *Cinco conferencias* en Estados Unidos el año 1910— fue el de mayor circulación de la obra de Freud (salvo quizás *Psicopatología de la vida cotidiana*) y el más traducido.

La novena conferencia está dedicada a la censura onírica, a la acción de la censura en el trabajo del sueño. Y Freud se vale del sueño de una mujer para ejemplificarla.

La soñante

“Una señora mayor, muy estimada, muy fina y culta”, se lo contó a la doctora Von Hug-Hellmuth, “dama de nuestro círculo”, quien lo registró. El sueño no se analizó ni la soñante lo interpretó. La señora X comunica que el sueño se repitió dos veces en pocos días con variantes “mínimas que no alteraban su sentido”, pero manifiesta su rechazo: “¡Y chismes tan abominables y estúpidos sueña una mujer de 50 años que de día y de noche no piensa en otra cosa que en su hijo!” Su hijo estaba en el frente, en *servicio* activo. Freud atribuye la autocondena de la soñante a la acción de la censura. Porque ella no está de acuerdo con su sueño, suyo y propio. Valga la redundancia. ¿Y con Freud?

El sueño

Ella va al hospital militar no. 1 y dice en la guardia de la entrada que le es preciso hablar con el médico jefe... (menciona un nombre desconocido para ella) porque quiere prestar servicio en el hospital. Al decirlo acentúa la palabra “servicio” de tal modo que el suboficial cae enseguida en la cuenta de que se trata de un “servicio de amor”. Como es una mujer de edad, tras alguna vacilación la deja pasar. Pero en vez de llegar hasta el médico jefe, se ve dentro de una sala espaciosa y sombría en que muchos oficiales y médicos militares están de pie o sentados a una larga mesa. Se dirige con su propuesta a un capitán médico, quien, tras pocas palabras, ya comprende. El texto de su dicho en el sueño es: “Yo y muchas otras mujeres y muchachas jóvenes de Viena estamos dispuestas a ...”, aquí sigue en el sueño un murmullo, “...los soldados, tropa y oficiales sin distinción”. Que eso mismo fue comprendido rectamente por todos los presentes, se lo muestran los gestos en parte turbados y en parte maliciosos de los oficiales. La dama prosigue: “Yo sé que nuestra decisión suena sorprendente, pero es de lo más seria. Nadie pregunta a un soldado en el campo de batalla si quiere o no morir”. Sigue un pe-

noso silencio de varios minutos. El capitán médico le rodea la cintura con su brazo y dice: "Noble señora, suponga usted el caso, de hecho se llegaría a..." (murmullo). Ella se desprende de su brazo pensando: Es igual que los otros, y replica: "Mi Dios, yo soy una mujer anciana y quizá nunca he de llegar a esa situación. Además, tendría que respetarse una condición: considerar la edad; no sea que una mujer mayor... (murmullo) con un mozo jovencito; sería terrible". El capitán médico: "Comprendo perfectamente". Algunos oficiales, entre ellos uno que en años mozos la había cortejado, estallan en carcajadas, y la dama desea ser llevada ante el médico jefe, conocido de ella, para que todo se ponga en claro. En eso se da cuenta, para su máxima consternación, de que no conoce el nombre de él. No obstante, el capitán médico, muy cortés y respetuosamente, le indica que se dirija al segundo piso por una escalera de caracol, de hierro, estrechísima, que la lleva directamente desde la sala hasta el piso superior. Mientras asciende oye decir a un oficial: "Es una decisión colosal, no importa que sea una joven o una vieja; ¡mis respetos!". Con el sentimiento de cumplir simplemente su deber, ella trepa por una escalera interminable.

El sueño transcurre como una fantasía diurna, sin interrupciones, salvo por las lagunas: los murmullos, la ausencia de palabras. Freud las califica de lagunas en el contenido, no en el recuerdo.

[Cada quien es un soñante. El soñante es el mismo que en la vigilia: dice una cosa por otra, titubea cuando habla y cuando actúa, olvida y se olvida de momentos, citas, llaves. Asombra y se sorprende, a sí mismo. Da risa, hace reír y rara vez se ríe de él. Pero hablamos de la señora X, nuestra soñante: tendría que estar en femenino. Por corrección, por sintaxis, por concordancia. O en neutro: lo soñante. (Consúltese con la almohada.) ¿Qué es lo que sueña en cada quien? ¿O quién sueña en cada quien cuando por fin algo despierta y habla por su cuenta, la de cada quien? Habla la lengua. Loada sea, porque desencadena.]

Las lagunas del contenido, la omisión de palabras —no encontrarlas, no recordarlas, modificarlas o sustituirlas por otras, cuando algo se cuenta a otro, que es cuando lo que se cuenta ex-siste— son efecto de la censura. Lo censurado no ocurre ni en el sueño, no se dice. La palabra que falta es un mensaje, con la misma contundencia que la que logra salir.

El olvido también es un mensaje de la censura, que por estas vías, cumple su intención. Y éste es el deseo principal del sueño, que pase el mensaje.

La acción de la censura es incesante. Su discurso es ininterrumpido: en la vigilia (lapsus, errores, olvidos) y en el sueño, cuando éste, como guardián del dormir, genera otra escena, en la que dramatiza,

desfigura —desplazando y condensando— lo que no se deja decir directamente y, realizado como deseo inconfesable a veces, nos asombra. Todo lo coherente con lo que no se puede decir es una prohibición incomprendida. Porque el sueño “remueve el mundo subterráneo, y el deseo rechazado por las instancias mentales superiores (el deseo reprimido), remueve el mundo mental subterráneo (el inconsciente) para que sea oído”, escuchado y tenido en cuenta.

Pero, ¿qué tendencias impulsan esa relación dinámica que llamamos censura? Porque la censura no es un censor, un hombrecito enano, amargado por pequeño, virulento y severo, que mora en nuestro cerebro, como los censores oficiales o los comités de censura de prensa, que tachan lo que no les conviene que se diga, lo que *no debe de* decirse, y dejan la página mutilada y en un blanco elocuente, que habla por sí solo sin decir nada.

La censura no ocupa un lugar —y en este sentido es utópica—, aunque relaciona en movimiento lo consciente y lo inconsciente o reprimido, y responde a las tendencias que el propio soñante admite y no puede aceptar despierto: las que le repugnan en lo ético, estético y social, lo que ni siquiera él sabe de sí mismo (ni quiere saber). Esas tendencias nos son desconocidas. Porque “en la vida anímica existen procesos, tendencias, de los que uno no sabe absolutamente nada... y quizás nunca ha sabido nada.”

Por eso, reconocer la existencia de esas tendencias que activan la censura importa para comprender tanto el sueño como la vida humana, porque la represión es un estado universal de las cosas, un orden y una orden del habla del mundo, inabarcable.

El paralelo con la censura de prensa, tan en vigor en Viena en aquellos días, y en todas partes en muchos otros, Freud lo utiliza para las lagunas, los vacíos en el texto del sueño. Las tachaduras, incluso las impúdicas, a las que nada se hace para que no se “noten”. Lo que no se deja que se diga: casi siempre lo más revelador, lo mejor. De lo que uno no se entera porque no quiere enterarse.

La autocensura serían las atenuaciones, las modificaciones de lo que se dice cuando de antemano se tiene en cuenta la existencia de la censura, del comité censor o del lector, del que lo que se sabe es que no quiere saber.

Las lagunas —falta de palabra— y los recuerdos imprecisos, próximos al olvido, también son efecto de la censura. Atenuaciones, aproximaciones, alusiones en vez de lo genuino.

Son tres los modos del efecto de la censura en la figuración del sueño:

Figuración sin disfraz (satisfacción alucinada-percepción falsa) de un deseo no reprimido: los sueños infantiles. Quiero fresas y me las han prohibido, no puedo comer fresas: sueño que como fresas, ¿quién me lo puede impedir?

Figuración disfrazada de un deseo reprimido. Casi todos los sueños lo son (¿de dónde viene el teatro, el disfraz, la vestimenta, el deseo de ser otros?).

Figuración sin disfraz de un deseo reprimido (el de la señora X): provoca discordancia, molestias y hasta angustia. Cuesta demasiado reconocerlo.

El trabajo del sueño explota sin reparos la ambigüedad de las palabras —que es de lo que disponemos— y se vale de metáforas, símiles, imágenes para, bajo un camuflaje de absurdo, dar paso a un mensaje comprensible.

El sentido del sueño son esos *pensamientos* oníricos, desconocidos u ocultos, con rendimiento intelectual normal. Hasta las personas más normales son capaces de soñar, se disfrazan con las figuras —abigarradas, mixtas, complejas— que vemos en nuestros sueños, en una actuación en presente, actualizada y protagónica que realiza deseos, desconocidos o reconocibles, pero siempre propios, a pesar de sentirlos ajenos, absurdos, de alguien más, dolorosos.

El adulto ha aprendido la inutilidad de desear lo inalcanzable y aplaza sus aspiraciones. El sueño les da cabida en otra realidad, en otra escena. Ante el descreimiento del adulto, el sueño cree en lo que desea, lo vive.

Dormir es el retiro del interés por el mundo exterior, la eliminación de los estímulos externos. *Soñar* es la eliminación de estímulos psíquicos que perturban el dormir: en este sentido, el sueño vigila nuestro dormir. Aprovecha el relajamiento de la censura —que nunca se cancela— cuando estamos dormidos para dejar pasar, transfigurados, disfrazados, nuestros deseos más recónditos, los que con frecuencia en la vida de vigilia también nos pasan inadvertidos. Para que en el sueño lleguen a una creación de compromiso, fértil, que desborda el salvoconducto de lo que nos permitimos decir.

Superado el estado de dormir, la censura vuelve a erguirse “en toda su alteza” (de dominación imperial y vital) y aniquila de nuevo lo que logró pasar de contrabando cuando estaba debilitada. El olvido

del sueño, la dis-tracción para olvidarlo, tal vez por no tener a quien contárselo, ni a un sí mismo a quien conocer y hablar, es efecto de la censura.

Lo que no sabe ni cada quien de sí mismo y negamos en cualquier momento cotidiano de nuestra vida con una conducta que demuestra precisamente lo contrario, existe o insiste. Aunque nos parezca desagradable y negable, "Ca n'(le)empeche pas d'exister" ("Eso no impide que exista"), como decía Charcot. La teoría puede proponer maravillosos terrenos inexpugnables, pero si se desdeña lo desagradable, se repite el mecanismo de la formación del sueño, en vez de comprender, abarcar y vencer lo que no encaja.

Pero esa dificultad para aceptar que el mal tiene cuerpo y tanta cabida en la constitución del ser humano, nuestra experiencia la desmiente. ¿O creen que la guerra es producto de unos cuantos ambiciosos e inmorales? La guerra, que a su vez saca a la luz lo más digno de lo humano, el autosacrificio, el bien común, y hasta la palabra bendita, bien dicha, cuando el censor no la censura.

Porque, ¿qué hace el psicoanálisis sino corroborar el viejo dicho de Platón de que los buenos son los que se conforman con soñar aquello que los otros, los malos, hacen realmente? Es necesario reconocer la existencia de los buenos y los malos deseos para comprender la vida anímica. Reconocer la existencia de tendencias contradictorias. El conflicto desarmado.

En la Viena de 1915 los soñantes tienen carta de existencia y, en vez de presagios o banalidades inútiles, ven en el sueño una vía de conocimiento a través del asombro que les produce su relato a otros. A la doctora Von Hug-Hellmuth, por ejemplo. Porque la señora X es una soñante atendida, escuchada, y el texto de su sueño deja de ser sagrado a partir del momento en que Freud lo va a exponer en público, en su conferencia, como ejemplo de censura desembozada, ingenua.

Supongamos que esa dama culta y fina, tan vienesa de la época, a los 50 años considerada anciana y con un hijo en la guerra, decide asistir de incógnito a la conferencia del doctor Freud. Imaginemos que forma parte de aquel público de personas legas de ambos sexos, interesadas y subvertidas por el psicoanálisis en la Viena de aquel momento. Que sus deseos volvieron a despertar ante aquella corriente de ideas y sentimientos.

De regreso a casa, tal vez pusiera —en gramófono o en imaginación— un vals vienés (¿qué otro si no?), y ligera, más liviana y conocedora, marcará unos pasos. Contenta, con su atracción y asco por la Viena de aquel entonces, tal vez se preguntara:

¿Hay en el mundo otra ciudad más oportuna?
Porque entonces, Viena era así.